

**neurosis y
sociedad**

UN siglo después de Kierkegaard, la noción de «angustia», pasada por Unamuno, por Heidegger y por Sartre, descendió desde su reducto filosófico a la calle. Quien separe la historia de las ideas de la historia real, responsabilizará al profesor Antoine Roquentin de este tráfico entre Bouville y Saint Germain des Prés, y de aquí a todo el mundo occidentalizado. Apretando su guijarro en la mano, el protagonista de «La Náusea» habría provocado una auténtica pandemia de su metafísico mal. Sin embargo, los que pensamos que esa separación entre una y otra historia las mutila y deforma (ambas se condicionan mutuamente), atribuimos esta inflación de la angustia a razones muy determinadas: la guerra mundial y su secuela de inestabilidad, de inseguridad, de penuria, de crisis social... Pero esta versión, que podríamos denominar «civil», de la noción de angustia ya no concuerda con la original. Ya no es el resultado del insufrible sentimiento de la propia finitud, del «ser para la muerte» o «para la nada».

EL doctor López Ibor, en uno de sus últimos libros —«Rasgos neuróticos del mundo contemporáneo» (Ediciones Cultura Hispánica)—, compuesto por doce ensayos de muy diversa temática, sitúa en su análisis, como problema central de la sociedad «neurotizada» de nuestro tiempo, lo que él denomina «angustia vital», noción de la etirpe filosófica cuyo perfil trazan los nombres más arriba aludidos.

El doctor López Ibor polemiza, sin radicalizar nunca sus posiciones y dejándonos la formulación de sus tesis la impresión de hallarse envuelta en un suave y moderado escepticismo, en el arranque de su primer ensayo —«Rasgos neuróticos de nuestro tiempo», del que hoy nos ocuparemos— con el psiquiatra norteamericano Thomas Szasz, para el cual «las enfermedades mentales no existen como tales enfermedades, sino como problemas de las relaciones humanas». Para analizar la «inundación neurótica» que se registra en nuestra sociedad, López Ibor parte de la «angustia vital», en divergencia con los que piensan que la angustia es sólo «sociosa». El enfermo se defiende del insoportable sentimiento de la fragilidad de su condición, de la consideración de su finitud, mediante los mecanismos neuróticos. «El gran demonio de la angustia —escribe— se sustituye por pequeños demonios, que envenenan la vida». La presencia de estos demonios en la sociedad determina su neurotización. Por otra parte, en nuestra época «el nivel de la sensibilidad humana frente al dolor» es muy bajo. «Hay un deseo universal de bienestar material, de una «acedia técnica». Al tomar fácilmente conciencia de «lo que le perturba», el hombre de hoy se siente más amenazado que nunca por la neurosis.

LOPEZ Ibor instala la angustia en el núcleo de la problemática del mundo actual. La angustia «es el estado de ánimo característico del tiempo presente». Lo reflejan la novela y el teatro y es el tema de la filosofía contemporánea. Neurotizada, la sociedad no busca un remedio moral a su «dolor de vivir», sino remedios técnicos, psicológicos o farmacológicos. Se abusa del psicoanálisis y se extiende peligrosamente la «farmacomania», es decir, el uso de los analgésicos, de los tranquilizantes, de las drogas euforizantes. La estructura social está condicionada por la necesidad de aumentar el bienestar. La sexualidad se «desdramatiza» y convertida en un bien de consumo fácil, se degrada. Mientras se estudian técnicamente los problemas humanos y sociales, «lo necesario es transformar la estructura propia de la sociedad, desneurotizarla». El doctor López Ibor postula una sociedad con menos psiquiatras, donde «los hombres normales sepan resolver sus problemas como los han resuelto siempre, humanamente». Este es su pensamiento, en un resumen muy esquemático, muy apresurado y, sin duda, insuficiente. Un pensamiento que tiene reservado un sitio muy concreto en el complejo territorio de las ideologías actualmente en circulación.

SI juzgáramos, sin más, reaccionarias las tesis del doctor López Ibor, incurriríamos en una imperdonable simplificación. Sin embargo, no ha de resultar dificultoso, al que siga semana a semana esta sección, advertir en favor de qué parte nos inclinamos en la polémica entablada por el doctor. Pensamos, desde luego, que son las actuales relaciones humanas el factor decisivo de la mayor parte de los males sociales que se adscriben a la noción de neurosis. Y si en una fábrica «el cuarenta por ciento del personal padece lo que se ha llamado con cierto eufemismo «accidentes psicológicos», nosotros sospechamos que tales accidentes no pueden pasarse al cargo de la «angustia vital», del sentimiento de «ser para la muerte», sino que tienen orígenes muy concretos que habría que buscar al nivel de las relaciones socio-económicas. En una sociedad profundamente alienada, en la cual el hombre pierde en sus propios productos su humanidad, no es extraño que la angustia se imponga y se generalice, y aumenten los suicidios, y la delincuencia infantil se multiplique, y se eleve el número de los trastornos nerviosos. Sólo hay una solución: que el hombre se recupere a sí mismo. Con una premisa indispensable: la transformación de sus relaciones reales.

Y sin embargo, nos parece muy útil, muy eficaz, que el doctor López Ibor haya planteado el problema de la neurotización en los términos en que lo ha hecho, es decir, en abierta polémica, aunque suavizada y contenida por su estilo transparente, sobrio y moderado, y por su actitud de comprensión. La confrontación entre sus tesis y las que valoran en mayor medida los factores históricos, sociales y económicos, puede concluir en fecundos resultados.

EDUARDO G. RICO



Lluvia
y
Bel ami
inseparables

Abierto...
grande y práctico

Plegado...
pequeño, elegante
y fácil de guardar

Bel ami
paraguas telescópico

un miembro de la familia Knirps